

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Pido permiso...



...y ahora que me dejen solo... Pido permiso para nacer. Citándolo de memoria, así se expresa en algún poema Don Neftalí Reyes Basoalto quien

muy tempranamente vislumbró que con ese nombre tan furrís no iba a ninguna parte. Velozmente reaccionó y Neftalí Reyes se convirtió de una vez y para siempre en Pablo Neruda. Como ya alguna vez quedó asentado en estos renglones, yo soy de la opinión de que todos los humanos dedicados a vivir (¡ojo!, hay millones que sólo se dedican a durar y otros tantos que ya se convirtieron en borregos) nos morimos con una cierta frecuencia. De pronto, un súbito desánimo, un amor que anochece, un revés de fortuna, unas cuantas palabras mortíferas, la lejanía de algunos seres, la fatiga de cargar con nosotros mismos... Hay muchas maneras de conseguirse una muerte súbita, o una más tenue y pertinaz que, del mismo modo, nos borra de este mundo. Ni modo, esto sucede, pero en el hombre está la posibilidad de recoger lo que se salvó del naufragio, recuperar el ímpetu, fundar una nueva esperanza y literalmente, volver a nacer (fecha aproximada: 1° de julio de 2009 a las dos de la tarde).

Yo vi venir la muerte y no hice demasiado esfuerzo para esquivarla. Tenemos los hombres la triste y absurda manía de no medir nuestras fuerzas y de suponer siempre que nos serán suficientes para afrontar cualquier tipo de conspiración, en particular las que uno mismo trama en su propia contra. Entonces, yo la vi venir y me sentí superior a cualquiera y me dije, como alguna vez dijo nuestro señor Don Quijote: ¿Leoncitos a mí?. A la postre resultaron leonsotes y ya no supe ni para dónde hacerme. De hecho, hace más de dos semanas que me declaré oficialmente muerto, esto sí con una fugaz resurrección para celebrar a los Pumas. Regresando de Pachuca volví a mi sudario y a mi congoja.

He vivido lo suficiente como para saber que vivir y morir y volver a nacer implican una larga paciencia. Tan es esto así, que hoy por la mañana, con todo y que tuve que levantarme excesivamente temprano para poder pepenar ficha para la consulta en el Hospital de Nutrición, no me sentí ni somnoliento, ni cadavérico. Lejos de eso, me sentí brioso, con renovada alegría de vivir y con la gratísima sensación de estar vivo y bien vivo. En la festiva regadera (tan grata y tan digna de gratitud) la primavera me habitó y me movió para que me arrancara a cantar "La Norteña de mis Amores" que es para mí una canción que me gusta mucho y que está constelada de recuerdos, pero que rara vez ejecuto, pues sus dificultades técnicas son enormes. Me la eché completa y súbitamente reparé en que tenía yo muchos meses de no cantar y de no disfrutar de la bendición

del agua, aunque dejo constancia de que me baño diario, pero nos suele pasar que todo lo damos por hecho y nuestra gratitud se retrae cuando sentimos que nos merecemos todo.

O sea que ya volví de donde andaba. Las cosas van cayendo en su lugar. Mi hígado, de acuerdo con los galenos que de él se han ocupado, puede esperar sin demasiado riesgo, mi condición es aceptable dada mi avanzada edad, la casa de piedra y flores abre sus puertas para que las gacelas penetren a su libre antojo y para que el aire traiga voces y gorjeos y se lleve los malos aires que se suelen refugiar en los rincones de las casas.

Por todo esto es que, aquí frente a mi bienamada flota de lectoras y lectores, pido, una vez más, permiso para nacer y así reincorporarme a los cocolazos que menudean en esta temporada electoral que los partidos aprovechan para hacer sus promesas más tramposas, para vender utopías y para hacernos creer que somos muy importantes. A como vengan las cosas, pido permiso para nacer.

**¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDLXVIII (1568)
MONTIEL.**

Cualquier correspondencia con esta columna tipo esquila, favor de dirigirla a dehesagerman@gmail.com (D.R.)

